

El comportamiento de U. C. D. para alcanzar, una y otra

LA DERECHA DEMOCRÁTICA

la totalidad del pueblo. Quien aspira a lograr la mayoría para anular desde ese

instante a la minoría está usando la democracia para destruirla.

La aceptación de la dinámica mayoría-minoría, o gobierno-oposición, es sinónimo de gobierno mayoría-libertad y constituye el supuesto que define el carácter democrático tanto de la derecha como de la izquierda. Sin la aceptación a perpetuidad de ese dinamismo no existiría la democracia.

La derecha democrática tiene que reconocer en la izquierda la lanza social que ha abierto el camino a la justicia con vigor antes desconocido; pero es un hecho, aunque la izquierda se resista a reconocerlo, que en Europa ha sido la derecha democrática la que ha estabilizado el progreso, porque ella ha sido el verdadero escudo de la libertad, sin el cual la misma justicia acaba por perecer. Esta concepción podrá ser discutida u objetada, pero lo que no cabe duda es que forma parte de la concepción profunda de una derecha democrática.

Derecha democrática que no puede vivir de la indecisión y la perplejidad, de la conducta no explicada claramente a nivel de información pública, de circunstancias que han otorgado el voto a quienes hoy no actúan como el representante esperado. Derecha democrática que no puede perderse en personalismos por respetables que sean las personalidades. Los líderes no pueden ser proclamados previamente, dando por supuesto la adhesión. La derecha democrática ha de empezar por suscitar la organización de fuertes agrupaciones de base, que en democracia interna susciten los cuadros directivos. No se trata de eludir ninguna responsabilidad. Se trata de precisar que la aceptación de la responsabilidad de la organización no significa recabar ningún derecho previo al liderazgo.

La derecha democrática, con ideas bien claras y programa muy definido, pretende otorgar al ciudadano la capacidad de ejercer en todo momento y de modo operativo tanto el juicio político como el control de sus representantes.

La alianza de posibles fuerzas afines por razones electorales sólo puede plantearse después, no antes; y la existencia de una derecha vigorosa ha de empezar desde la realidad de las diversas fuerzas existentes.

Todo esto no exige mucho tiempo, lo que exige es mucha decisión. Las fuerzas existen en la realidad de nuestra sociedad, sólo es necesario encauzarlas desde sí mismas. Lo que existe suscita de sí cuanto necesita. Se trata de contribuir a la organización de lo que vive y clama por encontrar, cuanto antes, su forma de existencia y acción. Lo único que hace falta es decisión. Creer que la voluntad de los hombres crea el futuro, y que esa voluntad existe políticamente sólo en forma de organización. No se trata de una nueva derecha, sino de la tarea de reconstruir la derecha democrática.

Una de las notas específicas de la democracia es la *ley de la unanimidad imposible*. Esta ley no se cumple en las llamadas «democracias populares», y por ello no son democracias, a pesar de la redundancia de su nombre. Para la democracia popular la mayoría en el Poder es el pueblo mismo, es la *representación unánime* del pueblo todo entero. La mayoría no se toma por lo que es en realidad: una simple fracción de la voluntad del pueblo, sino de todo el pueblo. Para la democracia popular, la oposición no tiene derechos, no es nada, su existencia debe cesar para siempre, debe ser destruida, porque supone un atentado a la unidad de la voluntad popular. La minoría no es otra cosa que sedición. La crítica y la discrepancia son actos disolutivos de la voluntad popular.

Para la democracia sin adjetivos, por el contrario, la mayoría es un hecho que tiene que ser verificado continuamente. Es parte, aunque mayoría, de la voluntad del pueblo, y solamente se define en contraste con la minoría, a la que, como oposición, le corresponde la crítica y la discrepancia. Someter a la mayoría a debate público, para que el ciudadano tenga los elementos de juicio necesarios que ejerce en el sufragio, a través de elecciones libres y garantizadas, periódicamente celebradas, en donde confirme la mayoría, o la transforme en minoría, a través del principio de la alternancia en el gobierno, o reversibilidad de la mayoría. La democracia sin adjetivos descansa en la posibilidad de que en las próximas elecciones el ciudadano decida quién es, quién sigue siendo o quién se transforma en mayoría. Sin esta posibilidad, la mayoría puede afirmarse como mayoría para siempre, y la minoría es negada como parte esencial de la voluntad del pueblo. La libertad política perece.

Por eso a la mayoría no le basta con decidir con su voto. Tiene que razonarlo. La crítica de la minoría obliga, una y otra vez, a que la mayoría exponga ante el ciudadano sus razones para que éste pueda, una y otra vez, ejercer el juicio político y tomar, a través del sufragio, las últimas decisiones.

De esta suerte, mayoría y oposición son, una y otra, órganos de la opinión del ciudadano. Sólo en el juego de ambas, juego leal y, según ley, interviene